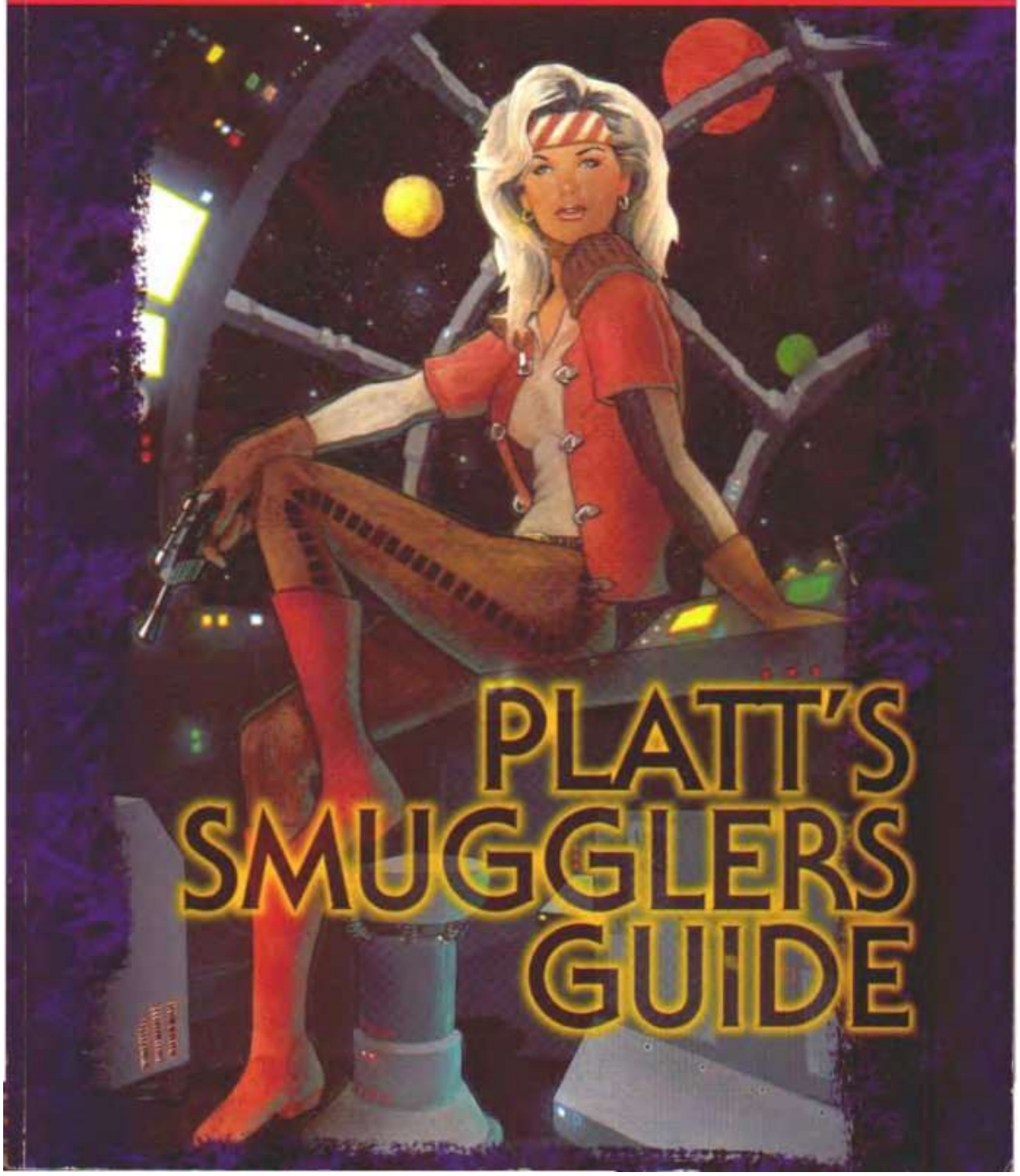
STAR WARS



PLATT'S SMUGGLERS GUIDE

El contrabando es un negocio duro. La mayoría de la gente en esta profesión va a la quiebra, tiene enormes deudas con los señores del crimen, es disparada por cazarrecompensas, o capturada por el Imperio. ¿Por qué aprender este apasionante oficio a través de costosos y dolorosos errores? Platt Okeefe te lleva en un recorrido guiado por el oscuro mundo de los traficantes de armas y "transgresores de la ley independientes" para enseñarte los secretos de esta peligrosa profesión:

Relatos de la guía para contrabandistas de Platt

Peter Schweighofer

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Publicado originalmente en *Platt's smugglers guide*

Las varias historias aquí recopiladas aparecen mezcladas en el texto sin título propio.

Autor: Peter Schweighofer

Arte de portada: Matt Busch

Ilustraciones: Storn Cook

Publicación del original: 1997

ubicación indeterminada en la línea temporal

Traducción: Javi-Wan Kenobi

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

23.02.16

Base LSW v2.21

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

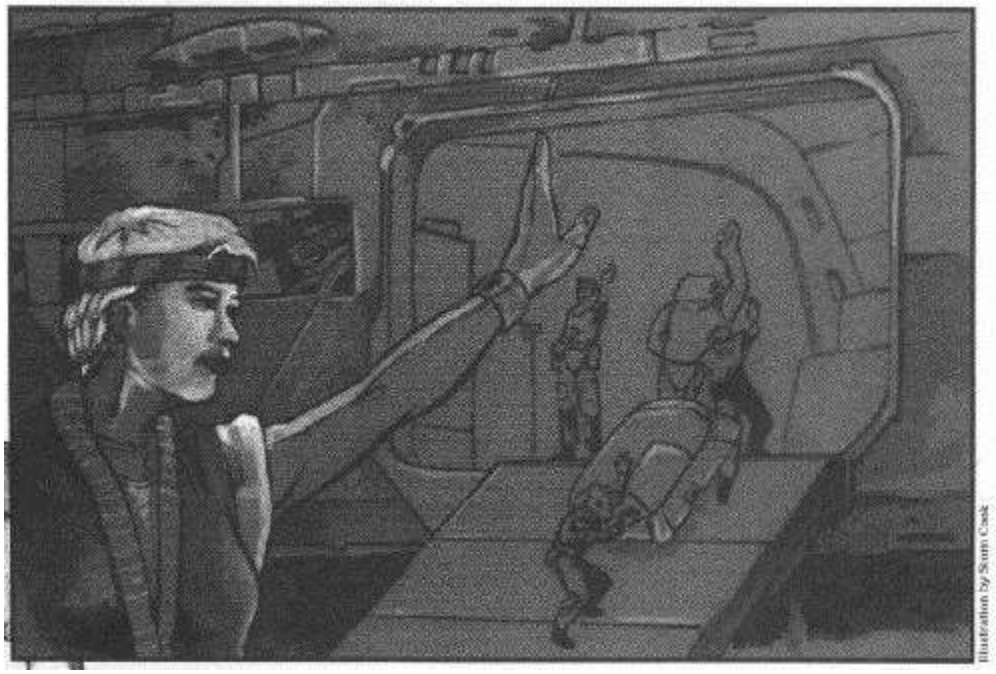
La joven se apoyó en la barandilla de la cubierta de observación, mirando cómo despegaban y aterrizaban los transportes en el infinito panal de bahías de atraque que formaban el Puerto Independiente de Votrad. En la torre de mando que se alzaba sobre ella, los controladores de tráfico monitorizaban las naves, dirigiéndolas a las bahías de aterrizaje o entregándoles vectores de salida. Había estado allí arriba una vez, en una excursión del colegio. Dirigir a los pilotos no le interesaba… quería pilotar una de esas naves.

Había cambiado su túnica académica por otras ropas que había comprado en secreto; un atuendo más apropiado para trabajar en un carguero que para atender a aburridas lecciones. La ropa era un poco más grande de lo que quería; el chaleco le llegaba casi a las rodillas, y los pantalones estaban metidos dentro de las botas en un vano intento de aparentar que le quedaban bien. Había ocultado esa ropa y el resto de su equipo cerca de la puerta del complejo residencial de su familia. Nadie había advertido que su mochila escolar estaba un poco más llena cuando salió por la mañana. Nadie lo habría entendido. Se esperaba que la hija de una prominente casa comercial de Brentaal asistiera a la academia de comercio y se convirtiera en un importante eslabón del negocio familiar. No era precisamente la vida más emocionante posible. Unos cuantos años tras un escritorio en la escuela lo habían demostrado.

Una brisa revolvió su cabello blanco mientras seguía observando los transportes. Había pasado muchas tardes allí, siguiendo con la mirada los cargueros vagabundos mientras se elevaban velozmente en la atmósfera, o siguiendo el lento descenso de las lanzaderas. Hoy haría algo más que mirar. Hoy abandonaría Brentaal.

Una lanzadera de pasajeros aterrizó en una bahía cercana, mostrando en su cola la insignia del crucero de línea sullustano *Nube Luz de Estrellas*. Platt recogió la mochila de equipo que descansaba a sus pies, se la colgó del hombro, y se dirigió a las bahías de atraque.

***



Platt se despidió afectuosamente de la tripulación del *Ravelev*. Trabajar a bordo del transporte le había proporcionado una muestra de la vida como transportista autónomo. Había servido dos años a bordo del carguero del capitán Kassler, y antes de eso dos años como azafata de cabina en el crucero de línea sullustano. Una vez más era el momento de avanzar por la galaxia.

Habían aterrizado en el puerto estelar de Boztrok, en el extremo más alejado de la Vía Hydiana, justo antes del Sector Corporativo. Kassler era reticente a dejarla allí, pero Platt aseguró al viejo viajero espacial canoso que se las arreglaría perfectamente por su cuenta. Afirmaba que encontraría trabajo en el puerto estelar y así podría ahorrar los créditos para comprarse su propio carguero.

En lugar de eso, Platt iba a unirse al Gremio de Comercio Klatooinano.

Las operaciones del Gremio en Voorlach la habían impresionado. Todo el mundo parecía de buen humor, con muchos créditos para gastar y con una calidad de vida decente. Allí, uno de los peones de carga le había recomendado que se uniera al Gremio como piloto de transporte. Al principio Platt tenía sus dudas, pero el estibador dijo que el Gremio proporcionaba cargueros a cambio de unos cuantos años de servicio. Platt quería su propia nave más que nada en el mundo.

La única vez que mencionó la idea de unirse al Gremio, el capitán Kassler le advirtió de que no lo hiciera. Afirmaba que el sindicato prácticamente esclavizaba a sus empleados, encadenándoles con deudas, obligaciones y chantaje. El Gremio de Comercio Klatooinano era un billete rápido para la miseria, dijo.

Pero la tentación de tener su propio carguero era demasiado grande.

Después de intercambiar despedidas con sus antiguos compañeros, Platt salió a buscar su fortuna. Callejeó por los túneles y puentes que conectaban el puerto estelar, siguiendo las indicaciones que un soldado de seguridad del Gremio le había dado. La gigantesca torre de Pok Nar-Ten, el representante del Gremio en Boztrok, parecía tener plataformas de atraque brotando de los robustos muros como una especie de árbol extraño. Pudo ver unos cuantos cargueros ligeros atracados allí; *Uno de esos es mío*, pensó Platt.

La entrada abovedada estaba abierta de par en par, así que Platt se limitó directamente a entrar. Pilotos de carguero, manipuladores de carga, guardias y mecánicos caminaban entre empujones por un vestíbulo central. Un viajero espacial que pasaba indicó a Platt la puerta que conducía a la cámara de audiencias de Nar-Ten.

Conforme Platt se acercaba a santuario tenuemente iluminado, un advozse con un pedazo de tela cubriendo la mayor parte de su cuerno salió a su paso para interceptarla. El mayordomo de Nar-Ten le preguntó acerca de sus intenciones, tomó algunas notas en su tableta de datos, y luego la condujo de la mano al interior de la cámara.

Pok Nar-Ten estaba sentado entre esplendor bajo una elevada cúpula. El nimbanel vestía las mejores túnicas a ese lado del Borde Exterior. Su escritorio era poco más que una diminuta mesa comparada con su ornamentado trono de madera greel. Todo el mundo —cortesanos, funcionarios y guardias discretamente armados— alzó la vista de su trabajo para mirar fijamente a Platt.

El mayordomo advozse la condujo al centro de la cámara, y entonces hizo una pronunciada reverencia ante Nar-Ten y extendió su brazo, invitando a Platt a hablar. Ella puso las manos en sus caderas y forzó una sonrisa confiada.

—Me llamo Oakie —mintió Platt. El capitán Kassler le había enseñado el valor de usar un nombre falso de vez en cuando—. Tengo entendido que contrata pilotos de carguero.

Todo el salón estalló en carcajadas; una sonrisa retorcida floreció en el hocico de Pok Nar-Ten. Cuando se calmó la conmoción, comenzó a hablar.

—El Gremio siempre está buscando pilotos experimentados dispuestos a servir a sus propósitos —dijo—. ¿Qué experiencia posees?

Platt le habló de su huida de Brentaal, su servicio en el crucero de línea y su posterior viaje por el Cúmulo Anarid a bordo del *Ravelev*, añadiendo algunos adornos sobre la marcha. Mientras hablaba, Platt observaba al nimbanel, advirtiendo en él un aire de oportunidad y astucia; una chispa de apreciación de un emprendedor avispado, o tal vez las más oscuras ambiciones de un maestro manipulador, no estaba segura.

Cuando Platt hubo terminado, Pok Nar-Ten rió entre dientes para sí mismo.

—Si ese capitán Kassler supiera que estás aquí, el miserable estúpido asaltaría la torre y trataría de arrancarte de un empleo provechoso. —Hizo una señal al mayordomo—. El Gremio de Comercio Klatooinano se sentirá privilegiado de tener una piloto tan estimable como tú transportando sus cargamentos —declaró—. Haré que mi ayudante Gjeel prepare el papeleo necesario. —Pok señaló con la cabeza al advozse que la había conducido a la

sala—. Una vez que se haya firmado el contrato, serás un miembro oficial del Gremio, y capitana de un estupendo carguero ligero. Tengo en mente la nave perfecta.

Platt no podía esperar.

***

El mayordomo advozse a quien Nar-Ten había llamado Gjeel condujo a Platt fuera de la oficina, cruzando el vestíbulo principal, hasta una de las plataformas de aterrizaje que colgaban precariamente del muro de la torre. Hablaba en voz baja a un comunicador mientras caminaba, volviéndose de vez en cuando para asegurarse de que Platt le estaba siguiendo.

La plataforma de atraque proporcionaba una excelente vista del puerto estelar: torres que se alzaban de la orilla del mar; puentes que unían las torres con cuevas en las paredes del acantilado, que conducían al resto de la ciudad; el amplio cielo azul. Pero Platt no estaba interesada en las vistas; sus ojos estaban fijos en el viejo y baqueteado Ghtroc que descansaba en la plataforma. Tenía su corazón puesto en una de esas naves corellianas de aspecto esbelto, pero esta tendría que bastar por el momento.

Una joven salió de un conducto de mantenimiento y se reunió con Gjeel. Llevaba el cabello sujeto en la nuca con una coleta, y su rostro y su atuendo estaban sucios con manchas de grasa. Miró a Platt con aire escéptico mientras Gjeel hablaba.

El advozse finalmente se volvió hacia Platt y le presentó a la mecánica.

—Nazrita es nuestro jefe de técnicos —dijo—. Ella te mostrará la nave mientras me ocupo de ciertas tareas administrativas asociadas. Necesitaré algunos de tus datos personales, para los diversos permisos y licencias, por supuesto; y un nombre para la nave.

Platt tecleó unas cuantas respuestas en la tableta de datos de Gjeel. Nazrita miraba por encima de su hombro, y entonces rió para sí misma cuando vio el nombre que Platt había elegido para su nave.

—¿*Princesa de Brentaal*? —preguntó—. Eso es bastante pretencioso.

Platt devolvió la mirada a la técnico. Gjeel dio media vuelta y se encaminó de nuevo a la torre, con una ligera sonrisa asomando en su rostro.

—Olvídalo —dijo Nazrita—. Ven conmigo. —Subió por la rampa de entrada del Ghtroc y condujo a Platt a la cabina—. Aquí tienes todo el equipo estándar —dijo, indicando a Platt que se acomodara en el asiento del piloto—. Hemos hecho algunas modificaciones: potencia aumentada a los cañones láser dobles superiores, nuevos motores iónicos, mejores controladores de flujo en los escudos, y algo de blindaje extra en el casco. Pero esto es mi auténtico gozo y orgullo. —Nazrita señaló un panel de armamento adicional junto a los controles de fuego de los láseres—. Tubo de torpedos de protones, montado justo bajo la cabina. Presenta el mismo aspecto que un puerto de salida de gases; ningún inspector notará la diferencia. El sistema puede albergar cinco torpedos, aunque ahora sólo tenemos cargados tres. El sistema de almacenamiento está oculto bajo la placa de la cubierta de mantenimiento principal de la cabina.

—Tendrías que desmontar la nave para encontrarlo —advirtió Platt.

—Esa es la idea —dijo Nazrita—. Ven, te enseñaré la bodega.

La bahía de carga estaba cubierta de redes de sujeción desparramadas y unas cuantas cajas. Un droide treadwell trasteaba en una escotilla de servicio abierta en uno de los mamparos.

—Este es Be-Cerobé —dijo Nazrita—. Será tu droide de mantenimiento. Conoce este cascarón casi tan bien como yo. Di hola, Be-Cerobé.

El droide siguió trabajando en el interior de la escotilla de servicio. Nazrita dio una suave patada en las ruedas de cadena del droide. Los sensores visuales del treadwell giraron, escanearon de arriba abajo a Platt, mostró su aprobación con una serie de pitidos y silbidos, y luego regresó al trabajo.

—Está haciendo algunos ajustes de última hora —dijo Nazrita—. Mejorando la sintonía de los nuevos motores iónicos.

—¿Qué hay en las cajas? —preguntó Platt.

—Tu primer cargamento. —Nazrita entrecerró los ojos.

—¿Qué hay dentro?

—Gjeel no te lo dijo, ¿verdad? Ese pequeño advozse astuto. Es mejor que no preguntes. Pok quiere que lo transportes a unos amigos en Zhar.

—¿El enclave imperial?

Platt se acercó a una de las cajas y abrió el cierre: componentes electrónicos. Rebuscó un poco y encontró un condensador del tamaño de su mano. Lo agitó, y escuchó algo parecido a arena sonando en su interior.

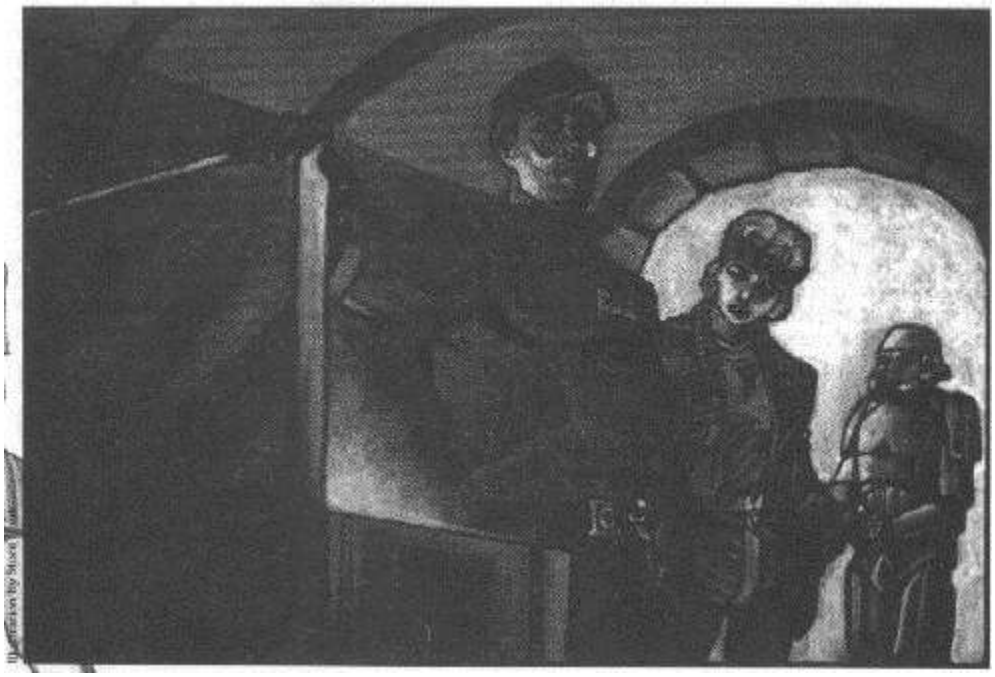
—¿Especia?

—Ryll —dijo Nazrita, con una sonrisa sardónica cruzando su rostro—. De alta calidad. Que no te atrapen con esto.

—¿Pero cómo se supone que voy a conseguir pasar todo esto delante del Imperio? Si me atrapan, me enviarán a Kessel…

—Ese es tu problema. —Nazrita se volvió y miró duramente a Platt—. Bienvenida al Gremio de Comercio Klatooinano.

***



Platt había tomado su tableta de datos de permisos y había comenzado a acercarse a la escotilla principal incluso antes de escuchar el golpe metálico de la pasarela de atraque del Destructor Estelar clase *Victoria* contra el casco de su nave. Sabía que los imperiales eran protectores con su plataforma de atraque orbital sobre Wroona, pero no pensaba que molestasen al tráfico local de cargueros. Platt esperaba que sus preparativos distrajeran cualquier inspección de esa caja refrigerada que se encontraba al fondo de la bahía de carga; bajo la capa de pez frella congelado, estaba repleta de ryll. Si perdía este cargamento, sería el tercer pago de la nave que se retrasaba. Pok Nar-Ten no toleraba los fallos, especialmente cuando afectaban a sus créditos.

La escotilla de abordaje se abrió deslizándose con un doloroso sonido chirriante. Un joven teniente imperial y su escolta de soldados de asalto la atravesaron. Platt se limitó a apoyarse con aire casual en el mamparo y extendió la mano que sostenía la tableta de datos.

—Buenos días, capitana —dijo el oficial, aunque Platt no estaba de acuerdo. Él tomó la tableta de datos y comenzó a inspeccionar los permisos. Los soldados de asalto se

cernían ominosamente tras él. El teniente alzó la mirada y escrutó la apariencia de Platt. Ella sonrió y se pasó la mano por el cabello. El oficial no estaba contento.

—Ha entrado en una zona restringida de entrenamiento, capitana Palata —declaró el teniente, devolviéndole la tableta de datos con los permisos—. La Armada Imperial está usando el sistema Wroona para maniobras prácticas.

—No había escuchado nada al respecto —dijo Platt—. Creía que el servicio aduanero del puerto estelar de Kelada realizaba habitualmente estas inspecciones.

—¿No ha comprobado el canal de comunicaciones de MEAESP?

—Ups. Se me debe de haber olvidado.

—El comando de la flota ha puesto al *Centinela* a cargo de interceptar e interrogar las naves que entren en el sistema durante dichas maniobras. El Imperio siempre está preocupado por mantener la seguridad frente a la amenaza terrorista rebelde. Vamos a inspeccionar su nave.

Pasó de largo junto a Platt sin siquiera advertir su mirada inocente y encantadora. Los soldados de asalto le siguieron. Ella fue detrás, no demasiado cerca; los imperiales casi tropezaron con Be-Cerobé, su viejo y maltrecho droide treadwell que esperaba lealmente justo dentro de la compuerta de la bahía de carga. Be-Cerobé rodó haciéndose a un lado y dejó pasar al equipo de inspección.

El teniente echó un vistazo a la bodega con gesto de desaprobación. Las cajas estaban apiladas aquí y allá de cualquier forma. Varios paneles de mantenimiento estaban abiertos, exponiendo el cableado de las retorcidas entrañas de la nave. Las redes de sujeción de la carga se amontonaban en una desordenada maraña en un rincón.

—¿Ve algo que le guste? —preguntó Platt, mirando por encima del hombro del teniente.

—Esas cajas no tienen los sellos aduaneros oficiales del imperio.

—Normalmente los obtengo cuando paso por las aduanas en Wroona —dijo Platt—. Pero, como puede ver, aún no he llegado allí, porque ustedes los pulcramente vestidos oficiales de la Armada Imperial gastan su precioso tiempo en labores de control de aduanas.

El teniente le frunció el ceño con gesto severo y se volvió al sargento de los soldados de asalto.

—Envíe parte de su escuadra a registrar el resto de la nave, y deje aquí dos para que realicen una inspección de esas cajas.

La mitad de la escuadra siguió al sargento, y la otra mitad comenzó a husmear en las cajas. Varias estaban abiertas, aunque los soldados de asalto tenían problemas en introducir sus puños acorazados entre las capas superiores de pez frella congelado. El teniente examinó el exterior de varios contenedores… incluyendo el que tenía el ryll.

Be-Cerobé se acercó rodando al teniente y lo escaneó con sus sensores de vídeo. Sus brazos manipuladores se agitaron mientras pitaba y trinaba. El oficial apartó la mirada de la caja y miró con desdén al droide.

—Sacad esa máquina de aquí.

Be-Cerobé gimió y soltó una serie de pitidos, luego afianzó sus cadenas en el suelo y comenzó a rodar hacia la escotilla de la bahía de carga. En su camino chocó contra un soldado de asalto, giró, y luego atropelló a otro. El droide consiguió molestar a todo el mundo antes de salir de la bodega.

—¿Qué es esto? —preguntó el teniente, señalando uno de los detectores de tóxicos empotrados en el mamparo. El producto químico en su centro había pasado de azul oscuro a naranja fluorescente.

—Oh, no se preocupe —dijo Platt, acercándose a él, arrancándolo de la pared y arrojándolo a una esquina—. Una de mis cajas refrigeradas se quedó sin energía y el pez frella del interior se echó a perder. La caja está justo ahí, por si quiere que se la abra…

El oficial retrocedió bruscamente.

—No, eso no será necesario.

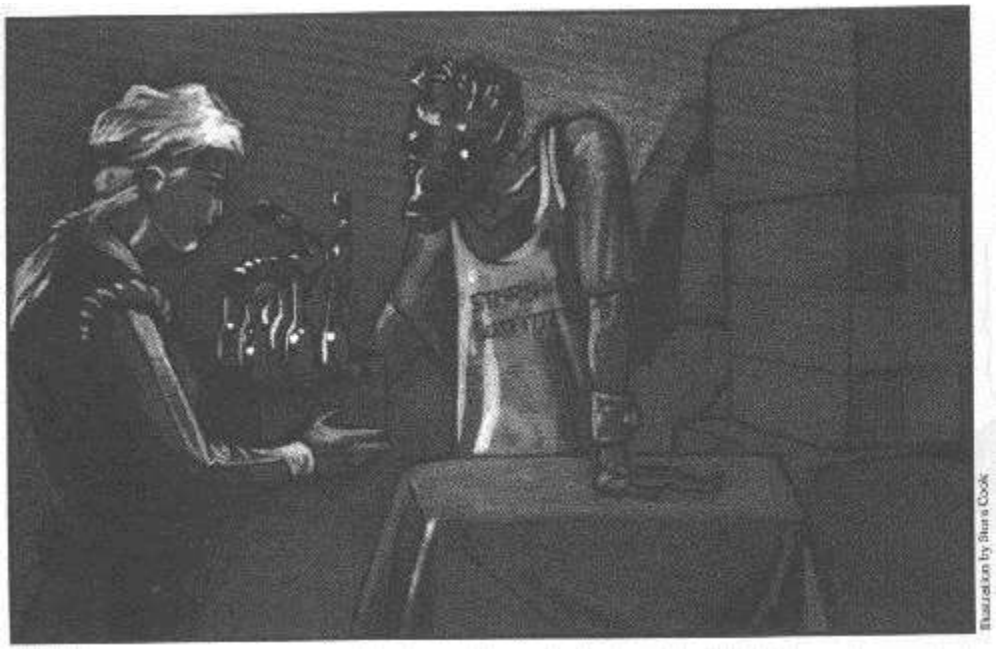
Los demás soldados de asalto regresaron de su búsqueda.

—Nada que informar, señor —dijo el sargento—. Todo está en orden.

—Bien. Asegúrese de que todo pasa la inspección en el puerto estelar. —El oficial se volvió para marcharse—. Y la próxima vez no olvide comprobar los MEAESP. La Armada Imperial no tolera la falta de respeto a sus ejercicios militares.

—Así lo haré, señor —dijo Platt con un rápido saludo marcial y una sonrisa cautivadora.

***



Platt caminaba apresuradamente por las calles del puerto espacial de Wroona. Había pasado el día viendo a gente, negociando tratos y haciendo planes. Una parada más y lo tendría todo preparado para su viaje de vuelta a Boztrok.

Después de engañar al teniente imperial que había registrado su nave, Platt deslizó el ryll por las aduanas en el lado oscuro del puesto estelar de Wroona. Había tratado antes con el burócrata de inspección. Si Platt flirteaba lo suficiente con el agente Allia —y le invitaba a unos tragos más tarde en el Descanso del Espaciante—, le dejaría pasar por la inspección de aduanas con la mitad de toda la especia de Kessel. Luego se dirigió a Equipamiento para Naves Estelares de Tulagn para arreglar una cita en su sala trasera más tarde esa misma noche. Había pasado el resto de la tarde rondando la bahía de atraque, entregando los bienes que había pasado de contrabando y regateando el precio con el agente del punto de entrega. El propietario del hangar le había hecho un favor y había reabastecido el *Princesa de Brentaal* por la mitad de la tasa de servicio habitual. Platt le prometió alguna baratija del mercado negro de Boztrok la próxima vez que pasara por Wroona.

Ahora se encontraba maniobrando por los oscuros callejones secundarios del distrito comercial del puerto estelar de Wroona. Platt evitaba las avenidas principales; los laberínticos pasajes protegían la puerta trasera de la tienda de Tulagn. Sólo había estado allí un par de veces antes, así que tomó el giro equivocado y tuvo que retroceder varias veces antes de encontrar la puerta trasera. Era un portal solitario en el extremo sin salida de un callejón. Platt golpeó con los nudillos tres veces.

La puerta se abrió deslizándose y apareció un sonriente rodiano.

—Lo hong, nechak —dijo, indicándole que entrara. Platt entró en la «sala trasera», una zona de almacén repleta de cajas de mercancía sin marcar. Tulagn cerró la puerta y le condujo a un paquete con etiqueta de Chandrila dispuesto sobre un contenedor—. Zhovat sufa nee hlinga —dijo—. Zhar daa…

Platt miró con desdén la caja, y luego fulminó con la mirada a Tulagn.

—Dijiste que tendrías una caja del mejor tovash gruviano que pudieras encontrar —dijo Platt—. No quiero esta bazofia, puedo encontrarla en el almacén de cualquier importador del planeta.

El rodiano deslizó sus dedos gomosos en los bolsillos del sucio delantal que llevaba, con el logotipo difuminado de «Equipamiento para Naves Estelares».

—Abee sufa nechak…

—No me importa a quién tuvieras que sobornar —dijo ella—. Por eso te pago esos precios tan ridículamente elevados.

Los dos se mantuvieron la mirada mutuamente durante un instante, y entonces Tulagn se rindió. Se deslizó en un almacén, murmurando para sí mismo. Cuando regresó, llevaba una caja similar con un sello de aduanas de Gruvia estampado.

—Mucho mejor —dijo Platt. Contó quinientos chits de crédito. Tulagn frotó entre sí dos de sus dedos y extendió la mano—. No —dijo Platt—. Dijiste 500 créditos por una caja pequeña. No me importa lo que prometieras a tu importador.

Tulagn entrecerró los ojos, y Platt supo que estaba pensando si debía o no dejar marchar la caja por 500 créditos o guardarla para otra persona.

—Sakef vooda seffa lasha.

—Un pequeño favor, ¿eh? —dijo Platt, considerando la oferta—. Muy bien, pero va a tener que ser un favor *pequeño*. ¿Qué te parece la próxima vez que esté en el puerto?

El rodiano asintió, con una sonrisa asomando lentamente en su hocico.

Platt se echó la caja al hombro.

—Un placer hacer negocios contigo, Tulagn.

Cruzó la puerta y se adentró en los callejones, con Tulagn observando cómo desaparecía en la noche. Una vez que depositara el tovash gruviano en la nave, regresaría al Descanso del Espaciante a tomar unos cuantos tragos con Allia… para sonsacarle información.

***

Platt avanzaba por los callejones traseros del puerto estelar de Wroona. Llevaba la pequeña caja de tovash gruviano cuidadosamente equilibrada sobre el hombro. Esperaba que fuera un buen regalo para Pok Nar-Ten. Lo bastante bueno, tal vez, para ayudarle a olvidar lo retrasada que iba en los pagos de su nave estelar. Platt dobló una esquina y se detuvo. Una figura le bloqueaba el camino. Una figura acorazada. Una cazarrecompensas.

—¿Vas a alguna parte, contrabandista? —preguntó la gélida voz femenina. Platt sabía que era Zo'Tannath, una cazarrecompensas humana aficionada a la armadura ubese. Era una mercenaria. Esa semana parecía que trabajaba como agente recaudador para Pok Nar-Ten.

—Mira, precisamente iba a ir a ver a tu jefe —dijo Platt—. Con los créditos que obtenga de este trabajo, podré ponerme al día en mis pagos. Además —dijo, indicando el tovash gruviano que llevaba al hombro—, tengo una pequeña ofrenda de paz para Pok.

—Pok está harto de tus lamentables excusas —dijo con desdén Zo'Tannath—. Te quiere a ti y a tu nave. Puede dar el carguero a algún piloto que se lo merezca más, y venderte a algún esclavista amiguito suyo. Es probable que sólo con eso, el viejo nimbanel obtenga los créditos suficientes para pagarme y cubrir los intereses que le debes por la nave.

—Tratemos de llegar a un acuerdo —dijo Platt—. ¿Cuánto quieres por decir que no pudiste encontrarme en Wroona?

—No se la juego a mis jefes —dijo la cazarrecompensas, activando su pica de fuerza—. Especialmente cuando trabajo para el Gremio de Comercio Klatooinano. Deberías saberlo. Ahora deja la caja en el suelo y pon las manos contra la pared. Lentamente.

Platt suspiró. Se arrodilló y dejó la caja suavemente en el suelo. Al levantarse, sin embargo, desvió una mano al bláster pesado que llevaba en un costado. Se levantó de golpe y extrajo el arma. Antes de que Platt pudiera disparar siquiera, la pica de fuerza de Zo'Tannath cortó el aire y le arrebató el arma de las manos. A pesar de las placas de armadura y el casco, la cazarrecompensas se movía con una letal agilidad femenina. Hizo girar el otro extremo de la pica de fuerza y golpeó a Platt en la barriga. La contrabandista se dobló sobre sí misma mientras Zo'Tannath la noqueaba con un golpe bien colocado en la cabeza.

Mientras Platt se derrumbaba en el suelo y su visión se difuminaba, sintió como Zo'Tannath cerraba grilletes de contención sobre sus muñecas, y la vio recoger la caja de tovash gruviano.

—Me aseguraré de que Pok Nar-Ten reciba esto —dijo la cazarrecompensas—. Pero como un regalo de mi parte.